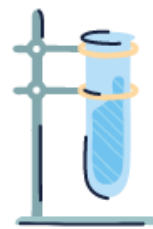
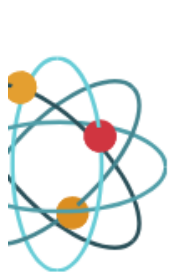


LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



RELATO FINALISTA

EL SUEÑO DE SOFÍA

Daniela B. C - 10 años



Sofía tenía apenas diez años, pero ya sabía que quería cambiar el mundo. En su habitación, entre libros de astronomía, microscopios de juguete y pósteres de mujeres científicas, se refugiaba todas las tardes después de la escuela. Su madre le había regalado un libro llamado "Las pioneras de la ciencia" cuando cumplió ocho años, y desde entonces, su corazón latía con la fuerza de quienes buscaban respuestas en los misterios del universo.

Una tarde lluviosa, mientras el agua golpeaba suavemente la ventana, Sofía se sumergió en la historia de Marie Curie. Le fascinaba cómo esta mujer, a pesar de los prejuicios de su época, había descubierto los elementos radiactivos polonio y radio, contribuyendo de manera fundamental a la medicina y la física. Sofía se imaginaba en un laboratorio, rodeada de probetas y fórmulas, buscando curas para enfermedades o nuevas formas de energía limpia.

Esa noche, tuvo un sueño que la marcó profundamente. Caminaba por un pasillo interminable con retratos de mujeres en las paredes. Eran científicas de distintas épocas y culturas, cada una con una mirada que transmitía fortaleza y determinación. Allí estaba Ada Lovelace, la primera programadora de la historia, cuyos algoritmos sentaron las bases de la informática. También veía a Rosalind Franklin, cuya fotografía de rayos X permitió descifrar la estructura del ADN, y a Katherine Johnson, la matemática que calculó las trayectorias que llevaron al hombre a la Luna.

De pronto, una de las mujeres en los cuadros cobró vida. Era Dorothy Hodgkin, quien con una sonrisa le dijo: "Nunca dejes de preguntar, Sofía. La ciencia necesita mentes curiosas como la tuya". Al despertar, la niña sintió una mezcla de emoción y responsabilidad. Si estas mujeres habían cambiado el mundo con su perseverancia, ella también podía hacerlo.

En la escuela, sin embargo, no todo era fácil. Algunos compañeros se burlaban de ella por querer ser científica, diciéndole que eso era "muy difícil para una niña". Pero Sofía no se desanimaba. Recordaba lo que había leído sobre las dificultades que enfrentaron las científicas del pasado y pensaba en cómo habían luchado contra barreras mucho mayores. Cada comentario negativo era para ella un impulso más para demostrar que el talento no tiene género.

Durante una feria de ciencias escolar, Sofía presentó un proyecto sobre cómo generar energía a partir de algas, inspirado en los trabajos de Rosalind Franklin y su estudio sobre moléculas complejas. Aunque no ganó el primer premio, el interés de los asistentes y los elogios de su maestra la llenaron de confianza. Comprendió que el camino hacia los grandes descubrimientos no siempre era directo, pero cada paso importaba.

Sofía empezó a investigar más sobre las mujeres que habían transformado la ciencia moderna. Aprendió sobre Tu Youyou, la farmacóloga china que desarrolló un tratamiento para la malaria a partir de plantas tradicionales, salvando millones de vidas. También leyó sobre Vera Rubin, quien confirmó la existencia de la materia oscura en el universo, y sobre Jennifer Doudna, codesarrolladora de la herramienta CRISPR para la edición genética.

Un día, mientras ayudaba a su madre a cocinar, Sofía le preguntó:

—Mamá, ¿crees que algún día yo pueda hacer algo tan importante como ellas?

Su madre, que la observaba con ternura y orgullo, respondió:

—Por supuesto, Sofi. Ellas empezaron soñando, igual que tú. Si trabajas duro y sigues creyendo en ti, no hay nada que no puedas lograr.

A medida que crecía, Sofía se dio cuenta de que las contribuciones de las mujeres a la ciencia no solo eran inspiradoras, sino esenciales. Desde la invención del software hasta la erradicación de enfermedades, estas científicas habían mejorado la vida de millones de personas. Para ella, saber que formaba parte de esta herencia era un motor para continuar su camino.

Décadas después, en un laboratorio iluminado por la luz del atardecer, una adulta Sofía observaba con emoción los resultados de su último experimento. Había desarrollado un sistema biotecnológico que prometía descontaminar el agua de zonas rurales. Con una sonrisa, pensó en todas aquellas mujeres que habían allanado el camino para que ella pudiera estar allí. Y entonces, mientras su equipo celebraba el éxito del proyecto, Sofía supo que su sueño de niña no solo se había cumplido, sino que ahora estaba ayudando a que otros también pudieran soñar.

Porque, al final, la ciencia es eso: un legado de preguntas, respuestas y esperanza que crece con cada mente curiosa que se atreve a imaginar un futuro mejor.

